

LUIS VIVES, APOLOGISTA Y ASCÉTICO

P. FELIX GARCIA, O. S. A

I

LA actualización de la gran figura de Luis Vives fué uno de tantos empeños generosos en que se empleó la capacidad restauradora de Menéndez y Pelayo.

El supo valorar su obra y atraer la atención de propios y extraños hacia la obra múltiple, inexplicablemente olvidada, del gran polígrafo valenciano, de quien se ha dicho con exactitud que fué «la conciencia de su tiempo». El *Luis Vives* de Bonilla San Martín, aunque mejorable, es posible que no hubiera podido escribirse sin las anticipaciones geniales de don Marcelino. Es cierto que ya en el siglo XVIII se lamentaban don Gregorio Mayáns y Sísicar, lo mismo que Luzán y el P. Feijóo, de la inconcebible postergación en que se tenían las obras de este gran precursor de la Filosofía contemporánea, que fué, además, una de las figuras más armónicas y completas del Renacimiento.

Aparte la indolencia crónica que hemos padecido para el estudio e investigación de nuestras cosas, mientras nos hemos dado al aprendizaje y discipulado de doctrinas forasteras, con grave detrimento de nuestro saber nacional, quizá lo que más haya perjudicado a Vives es la extensión y diversidad de su obra y el estar escrita en latín, que, de lengua generalizada y usable un día entre nosotros, ha pasado a ser lengua apenas frecuentada y de escabro-

sa utilización, a no ser entre clérigos y algunos eruditos. No obstante, desde hace unos lustros se ha ido reviviendo la figura del filósofo valenciano, y se le han consagrado estimables estudios al pedagogo, al pensador, al humanista, al inquieto apasionado del estudio, que paseó por Europa su nostalgia íntima de la patria lejana y su concepción renacentista de la cultura y de la vida. Falta aún el estudio definitivo, de conjunto, que abarque la vida y la obra, tan colmadas, del huésped levantino, refugiado en el silencio acogedor de Brujas. Las monografías y estudios parciales que, dentro y fuera de España, se le han dedicado, servirán para jalonar la obra abarcadora, comprensiva de todos los matices y aspectos de la producción variadísimas, llena de atisbos y anticipaciones, de esta gran figura de nuestro Renacimiento, «una de las cabezas más nobles que dió a la Humanidad España», al decir de Marañón, que ya «a los veintiséis años—según testimonio de Erasmo—no había parte alguna de la ciencia en la que no fuera singularmente erudito».

No hubo provincia del saber de su tiempo en que no dejara la huella de su pensamiento y de su vida, tan intensa y asendereada. Conoció la gloria y la penuria; tuvo la estimación de príncipes y reyes; profesó en las mejores cátedras de las Universidades europeas; fué pedagogo egregio de damas y de duquesas; conoció los goces íntimos de un vivir holgado y las inquietudes de la polémica y de la transhumancia; la amistad le brindó sus dones, y sus melancolías la ausencia; veneró a Erasmo—quizá con veneración excesiva—, su maestro en el decir, a quien llama, recordando giros del Dante, *mi Dómine, mi Preceptor, mi Páter*, aunque su buen sentido realista le inmunizó de sus errores.

Vives es el gran español que dejó la huella profunda de su pensamiento en Europa, como Villavicencio, como Soto, como Suárez, como tantos españoles insignes que llevaron España a Europa, cuando España podía decir su palabra al mundo. Después vinieron los luteranos a descubrir que, precisamente entonces, habíamos permanecido estancados porque España se clausuró en su arisca esquivez ibérica. Nuestro gran error consistió en

aceptar ese enorme dilatación. El hecho es que nuestra decadencia nos sorprendió cuando no tuvimos nada que decir al mundo y empezamos a vivir de importaciones e influencias extrañas, sin la exigida asimilación, con lo que se iba menoscabando nuestra autonomía moral y creadora.

El caso de Luis Vives, multiplicable en nuestra historia, es bien expresivo de cómo un español de nuestra mejor época, la más impugnada, levantaba su pensamiento y su voz en medio de una Europa sometida a su aprendizaje. Aunque tarde, nos vamos dando de ello cuenta en este período iniciado de restauraciones eficaces. Claro es que para que Vives recobre el mérito debido será preciso que sus obras sean trasladadas al español, pues, como gran parte de los pensadores de su tiempo, Vives escribió en latín cuando el latín era lengua universal, y mientras no se lleve a cabo la empresa urgente de dar sus obras en español, permanecerá inaccesible gran parte de nuestro pensamiento.

II

«El español es frívolo para el estudio—escribía Luis Vives con dejo de pena—. Allí—refiriéndose a España—seré leído por pocos, comprendido por menos.» Este vaticinio del escritor valenciano, cumplido, desgraciadamente, en toda su extensión, va teniendo fecundas rectificaciones. Su vida y su pensamiento nos interesan vivamente, y, aparte, sus múltiples facetas ofrecen un interés extraordinario para el estudio cabal de uno de los momentos más apasionantes de la historia de nuestro Imperio. En Vives, como en todos los escritores de varia capacitación, el filósofo ha oscurecido en parte al exegeta, el humanista ha prevalecido sobre el investigador, y el pedagogo sobre el ascético y apologista.

¿Pero es que hay también en Vives un tratadista de Religión y de Ascética? Indudablemente. Ello parecerá extraño para los que de Vives sólo conozcan la medianísima traducción del *Socorro a los pobres* y su hermoso tratado de *La mujer cristiana*, que es el que entre nosotros ha logrado más difusión y conocimiento.

Vives, como es sabido, profesó una fe encendida y entrañable. La honestidad de su vida es indiscutible; su moral no padeció eclipses. A pesar de vivir en un medio ambiente en que la herejía iba contaminando a muchas almas, Vives permanece incólume y se arma de fe, de razón y de piedad, para defender la primacía de la gran herencia cristiana y católica. Su amistad con Erasmo, a quien disculpa, defiende y venera, no llega a comprometer sus principios de creyente, y hoy nos resultan explicables sus benevolencias hacia el retórico de Rotterdam, provenientes, en parte, de la gratitud de haber sido comprendido y estimulado por aquel hombre de resonante nombre, y, en parte, de la admiración que sentía hacia el humanista, que supo revivir la gracia de la latinidad.

Cierto es que en sus *Comentarios a la Ciudad de Dios, de San Agustín*, se señalaron una serie de proposiciones damnables, y que esa obra figuró durante muchos años en el índice de libros prohibidos. Pero no es menos cierto que el propósito de Vives, al emprender la redacción de esa obra, magna y ardua, fué el de contribuir a la depuración del texto agustiniano y a elevar un poco el tono de los comentarios que sobre esa obra maestra de San Agustín se habían generalizado. Los errores y apreciaciones inexactas son incidentales; lo que predominó y queda es su entusiasmo por San Agustín y su deseo, alto y noble, de contribuir al esclarecimiento y dignificación del gran tesoro de la cultura eclesiástica. «¡Cuán santo varón, cuán docto escritor, ¡Dios eterno!, es San Agustín, gloria y sostén de la república cristiana!—exclama con incontenido entusiasmo—. Por él ha sido dotada de innumerables estatutos y costumbres, de piadosas y venerandas ceremonias. Juntáronse en aquel hombre una copiosísima doctrina, una exacta inteligencia de las Sagradas Escrituras, un juicio diligente y claro y un ingenio maravillosamente agudo. Fué activo defensor de la más sincera piedad, de costumbres apacibles y ajustadas a la caridad evangélica y muy digno de fama y admiración por la santidad y pureza de su vida.»

Es decir, que incluso en esta obra de sus *Comentarios a San Agustín*, la más impugnada y censurada por su desmedido fer-

vor eramista y por su incisiva y dura crítica de los comentaristas tradicionales, trató Vives de hacer exégesis y apología de una de las obras más geniales y básicas que ha producido el pensamiento cristiano.

A través de toda la obra vivista se trasluce su propósito persistente de hacer apología y defensa del pensamiento cristiano, lo mismo cuando filosofa que cuando moraliza o trata de restituir al estilo teológico y cristiano su decoro y dignidad antiguos, que, sobre todo, en el campo de la escolástica, tan lamentablemente habíase desdorado. El Cristianismo —escribió justamente Bonilla San Martín— constituye el fondo, la base primera de toda la doctrina vivista. Vives es un filósofo cristiano, eminentemente cristiano. Pero su piedad no es formalista, intolerante ni fanática, sino suave, sincera, profunda y caritativa, enemiga de toda contención y soberbia.

Será difícil justipreciar la obra, extensa y varia, de Vives sin tener previamente en cuenta su posición, bien definida, de pensador cristiano, que intenta, ante todo, reducir la ciencia al servicio de la fe cristiana e introducir rectificaciones de estilo y expresión allí donde él juzga que lo exige la misma grandeza del pensamiento y de la tradición cristiana.

En este sentido amplio podemos afirmar que su obra tiene un sentido y una intención apologéticas; que hay en ella un fermento cristiano, una preocupación preferentemente moral, que se desdobra en dos tendencias de índole práctica: la pedagógico-ascética y la apologético-cristiana.

Vives, como buen temperamento luliano, armónico y realista, coloca en el ápice de toda sabiduría y ciencia la idea céntrica de Dios. Su racionalismo, radiante y latino, no de tipo sombrío y teutón, no es antípoda, sino consocio y colaborador de la fe. Ningún saber tendría para él sustancia y fundamento si no desemboca en el supremo saber cristiano, que es el verdadero saber para dignificar la vida. Por eso prevalece siempre en él la tendencia moralizante y práctica sobre la tendencia metafísica y abstrusa, que se pierde en intrincadas discusiones especulativas. Antes que



filósofo, que humanista, que teorizante, de cuestiones teológicas y escriturarias, es Vives moralista y pedagogo, apologista y ascético. De ahí el carácter eminentemente práctico de todas sus obras, concebidas dentro de un propósito amplio de fundamentación cristiana de la vida, empezando por sus obras ontológicas y críticas, hasta las puramente retóricas y gramaticales o las estrictamente teológico-apologéticas y morales.

III

Aunque es dable señalar en la obra de Vives, conjuntamente considerada, una intención didáctico-apologética y moral, rigurosamente hablando, sólo cabe designar con el nombre ritual de *apología* su obra, en cinco libros, *De Veritate Fidei Christianae*, que es una de las obras por él preferidas, y en cuya composición puso un especial esmero, aun cuando no se la pueda computar como una de sus obras más cabales.

Las demás obras de Vives, de carácter teológico, de exégesis y controversia, de comentario y exposición de temas sagrados, como su *Excitatorio del alma*, el *Divino Sacro*, del *Sudor de Nuestro Señor Jesucristo*, su *Triunfo de Cristo*, su *La Verdad aderezada*, su *Nueva Meditación sobre el Salmo XXXVII*, sus *Comentarios a los XXII libros de la Ciudad de Dios*, su *Horóscopo de Nuestro Señor Jesucristo*, etc., por más que en ellos se controvierten y tocan puntos relacionados con el dogma y la exégesis sagrada y patristica, no son en su estricto sentido tratados apologéticos.

La obra en que Vives trató de fundamentar expresamente una apología de la Religión al modo clásico, con un método sistemático y aducción de pruebas y razonamientos, fué en su última obra, compuesta en el ocaso de su vida, cuando el mal de gota se ensañaba en sus carnes y no le daba tregua el sufrimiento, y que tituló con el expresivo rótulo *De Veritate Fidei Christianae*. La obra quedó conclusa a la hora de su partida sin retorno, en 1540, aun cuando quedó sin perfilar, por lo que es fácil sorprender en ella giros duros de elocución y algunas imperfecciones que hubieran des-

aparecido con un somero trabajo de lima, a que Luis Vives solía someter todas sus obras. El jurisconsulto de Lovaina Craneveldt, gran amigo de Vives, publicó, a ruegos de Margarita Valdaura, esta apología de Vives en 1543, e iba dedicada, por voluntad de su autor, al Pontífice Paulo III. Luis Vives puso en la composición de esta obra todo su fervor de creyente y toda su táctica de gran dialéctico. Siguiendo la sistemática de Raimundo Lulio, se propone demostrar, por vía de razón, los fundamentos de la Religión cristiana y el valor universal, por consiguiente, de sus principios y verdades. Con razón se ha dicho que esta obra de Luis Vives viene a ser una verdadera *Summa contra gentes*, en la que hay una parte afirmativa y metódica, de exposición de los fundamentos racionales de la verdad cristiana, y otra que contiene una briosa impugnación de los errores y ataques que contra ella se han formulado en el decurso de los tiempos.

Vives divide su obra apologética en cinco libros, de amplia exposición. En el primero proclama la finalidad superior del hombre, que es la que confiere rango a sus acciones. La razón es el instrumento único que el hombre posee para la investigación seria de la verdad, para conocer al Sumo Bien y al Sumo Mal y para hacer suyos, asimismo, los postulados de la fe, con la que la razón no puede estar en pugna. Hace un estudio extenso de las facultades del alma y de su objeto adecuado, para deducir en dónde radica la suprema felicidad, que el hombre, dotado de voluntad y de razón, presiente y anhela. Esa suprema felicidad reside sólo en Dios, Supremo Hacedor de todas las cosas. Prescinde Vives de las cinco pruebas clásicas para demostrar la existencia de Dios con argumentos de razón, ya que la da por inconcusa, lo mismo que la inmortalidad del alma. Por eso pasa inmediatamente, una vez repuesto en Dios el hallazgo del Sumo Bien, a definirle por sus atributos esenciales, demostrando que Dios es el Ser perfecto y único por esencia, que es Omnipotente, Bueno y Sabio, que es el Creador y que tiene Providencia de sus criaturas. La causa de la Creación —según Vives— radica en la misma naturaleza divina, no siendo la Creación otra cosa que la expresión defusiva

de la bondad y del amor divinos. En este primer libro razona Vives el problema de la libertad humana, de la inmortalidad de los espíritus y del pecado original, coincidiendo sus argumentos con los del Doctor Angélico sobre estos puntos básicos de la Apolo-gética cristiana.

En el libro segundo es donde Vives fundamenta los principios constitutivos de la Religión cristiana con la cuidada exposición de sus dogmas cardinales, como el de la Santísima Trinidad, del que racionalmente puede demostrar su posibilidad, con ser un misterio tan excelso y profundo; el misterio de la Encarnación, Pasión y Muerte del Señor, venida del Espíritu Santo, Resurrección de la carne, Novísimos, fundación y difusión rápida de la Santa Madre Iglesia, etc. Tanto en la exposición de estos dogmas como en la demostración de la autenticidad de los Evangelios y en su tesis sobre libre albedrío y la presciencia divina, no hace Vives sino recoger la doctrina patristica y de los expositores católicos. San Agustín y Santo Tomás son sus maestros, y a ellos acude con preferencia en busca de razones sólidas para su argumentación. La exposición que Vives hace aquí de los dogmas cristianos es lúcida y esmeradamente razonada.

El tercer libro, más animado y polémico, por estar en forma dialogada, resulta una controversia entre un cristiano y un judío, que contienden, a veces con verdadera acritud y con gran acopio de razones, sobre las diferencias existentes entre la Religión de Cristo y la judía. La polémica versa principalmente sobre el modo de entender e interpretar las Sagradas Escrituras en relación con la venida del Mesías prometido. Claro es que el cristiano termina por deshacer las argumentaciones de su adversario y dejar triunfante la verdad de la Religión cristiana. Vives se muestra aquí excelente conocedor de la exégesis bíblica.

El libro cuarto, también en forma dialogada, en el que inter-vienen un cristiano y un alfaquí o doctor musulmán, está dedi-cada a impugnar la historia de Mahoma y el contenido del Ko-rán, con todas las supersticiones y creencias que constituyen el fon-do de la religión mahometana.

Y, por fin, en el quinto libro sintetiza Vives su pensamiento, demostrando la superioridad y excelencia de la Religión de Jesucristo sobre la muchedumbre de religiones conocidas, basándose principalmente en su contenido moral y en su eficacia admirable para santificar la vida de los individuos, para elevar el sentido de la muerte, para lograr un régimen justo de vida individual y social y para imponer entre los hombres el imperio de la verdadera paz, que es consecuencia de la libertad bien administrada y de la caridad de Cristo, que es la que hace que prevalezca la justicia y la benignidad en el reino de este mundo.

Vives logra en este libro el tono de la verdadera elocuencia, y en él trasluce la fe sólida, la convicción profunda de sus ideas religiosas. Y también su celo de cristiano, que trata de llevar la luz de la verdadera doctrina a los que, despreocupados, no quieren ver, o a los que, equivocados, no saben dar con el verdadero y único camino.

Esta obra, con no ser la obra maestra de Vives, aunque en ella puso una atención y una estima preferentes, basta para conferirle el título bien merecido de apologista y polemista, que anteponía a todos los demás saberes el saber esencial de lo que más importa, que es la Religión. Algo extraño parece que, viviendo en medio de aquel gran torbellino de la Reforma protestante, apenas si se encuentra en la obra polémica y apologista de Luis Vives algunas someras y soslayadas insinuaciones referentes a aquel movimiento de escisión en la Iglesia germánica. Es posible que Vives no alcanzara a ver todas las consecuencias que la Reforma entrañó o que, de propósito, no quisiera intervenir en aquella candente contienda, en la que se combatía con toda suerte de armas. No era él nada partidario de discordias.

IV

¿Se puede, en rigor, llamar a Vives escritor ascético? Indudablemente. El tono general de su obra propende a la aseveración moral y a la fundamentación ascética. De su didáctica se desprende que todo saber, de cualquier linaje que él sea, debe orien-

tarse primordialmente a la consecución de una vida honesta y justa. El mucho saber ha de conducir a la verdadera virtud, que es la que normaliza toda la vida. Pero no cabe un vivir naturalmente honesto si no se basa en la piedad para con Dios y con los demás hombres. De ahí la preocupación de Luis Vives por dar forma a su filosofía moral en una serie de tratados didáctico-morales, piadosos y teológico-ascéticos.

Entre las obras de carácter ascético-piadoso más dignas de recordarse, merecen especial mención sus *Excitationes animi in Deum*, divididas en una serie de opúsculos muy interesantes, como los que tituló *Preparación del espíritu para la oración*, *Preces y meditaciones diarias*, *Preces y meditaciones generales*, *Comentario a la oración dominical*. Vives encarece la importancia de la oración, diálogo con Dios, sin la que no es posible la unión con El. Señala con acuidad cuáles deben ser las condiciones de la oración. Dios rehuye el artificio y palabrería y mira, más bien, en el que reza la mente y voluntad con que realiza sus rezos.

Las normas para orar convenientemente las precisa más en el precioso opúsculo de *La preparación del espíritu para la oración*, escrito en forma aforística y de sentencias, llenas de profundidad y de agudeza.

No pierde Vives ocasión de moralizar y promover la vida piadosa, en medio de sus investigaciones filosóficas, y alterna con ellas la redacción de estos hermosos opúsculos ascéticos, como el de sus *Preces y meditaciones*, que son un verdadero devocionario, en el que se contienen una serie de oraciones y plegarias, llenas de unción y de fervor, que pueden ser útiles al cristiano en los distintos momentos del día, y lecturas preciosas que dan tema de meditación sobre paráfrasis y exposiciones de un punto de la Sagrada Escritura, especialmente de los Salmos.

La Introducción a la Sabiduría es un tratado de moral práctica, enderezado preferentemente a la formación de la juventud. La verdadera sabiduría consiste en conocerse a sí mismo, en juzgar con recto criterio de las cosas y conducir todo conocer y obrar al conocimiento y posesión de Dios, al cual vamos por el ejercicio de

la virtud, que practicamos cuando cumplimos nuestros deberes de piedad para con Dios y nuestros prójimos.

Podríase decir que el *Satellitium anima, Centinela del alma*, viene a ser, en su propósito, una amplificación y continuación de la *Introducción a la Sabiduría*. Está escrito en forma de sentencias y apotegmas. Y en las 213 máximas que contiene este precioso opúsculo —no 212, como dice Bonilla San Martín— se dan normas admirables para la regulación moral de las relaciones humanas en las distintas fases de la vida del individuo y de la sociedad. Son interesantísimos y originales los lemas o símbolos que utiliza Luis Vives, que suelen reducirse a frase breve y compendiosa, que encierra un pensamiento profundo, a veces conceptuoso y de difícil comprensión. Son notables los dos lemas que inspiraron su conducta: *Sine Querela*, es decir, *Sin discordia*, y *Scopus vitae Christus, El objetivo de la vida, Jesucristo*.

Quizá la obra más conocida de Luis Vives haya sido *De la educación de la mujer cristiana*, que ha logrado numerosas ediciones, y que aunque más bien es una obra pedagógica, como lo es *De los deberes del marido*, encierra, asimismo, no poca materia de carácter ascético y moral en sus consejos y recomendaciones a la mujer cristiana, que debe inspirar su conducta toda en la moral, evangélica para su propia formación y la de su hogar. El libro va dividido en tres partes: el primero va dedicado a la formación de las vírgenes; el segundo, a la de las casadas, y el tercero, a la de las viudas.

Basten estas ligeras indicaciones para recordar que en Luis Vives, hombre de amplia capacitación, hay, aparte del pensador, del filósofo y humanista, un apologeta y un ascético, y que empleó una gran parte de su incesante actividad de escritor a tratar con deleitosa complacencia temas de moralidad y de ascesis, que supo hacer prácticos en su vida de apostolado docente y en su conducta irreprochable de cristiano fervoroso.

